

SEXTA ESTACION

A veces ocurre como con los sueños: te despiertas y se te vienen abajo; y por más que golpeas la memoria, no consigues perfilar de nuevo una cara, una frase, un entorno... A veces, digo, ocurre igual con los recuerdos: se escapan, huidizos como las anguilas, y no hay forma de reconstruir ese rodal del pasado al que desearías asomarte, o para darte el gustazo, o como aviso de escarmiento.

Pero otra veces, los recuerdos fluyen, como engrasados, y tan de lleno se te meten por las troneras de la memoria, y tan te la inundan de claridades que casi no te das cuenta de si estás en el entonces o en el ahora. Tal me ocurre a mí cuando me planto en los diez años; y de ahí para abajo, lo que quiera. Vamos, que me quito cincuenta con la imaginación, cierro los ojos... y lo mismo estoy oliendo aquel aroma característico, amargo y seco, a cerveza «El Aguila», que amanaba del kiosco de la Plaza en verano, que saboreando un caramelo de malvavisco de los que vendían —creo que cinco al patacón— en «La Perla», que oyendo al anochecer aquella doliente campañilla —Rincón... ¿quién se ha muerto?—, anunciar el «tránsito» de algún cofrade, que sintiendo en la cara el serretazo de la masiega, cuando «El Jaro» me llevaba en su barca, por los angostos vericuetos de Las Tablas a desocupar los garlitos, que viendo en «El Altillo» —bien sujeto a la mano de mi madre, para no extraviarme en el barullo— el «encuentro» de Jesús con la Verónica... Recuerdo el frío de la mañana, el sueño del madrugón, los forcejetos y apretujones hasta situarnos en un buen puesto, el murmullo de curiosidad y emoción que levantaba la proximidad de los «pasos»... Y cuando, por fin, aparecía el paño extendido, recuerdo hasta qué punto me impresionaba ver la doliente cara del Señor, chorreando sangre, como si talmente entonces acabara de suceder el escalofriante episodio...

Porque entonces no sabía yo que todo aquello no era sino una hermosa leyenda, inventada por la piedad popular; ni menos aún sabía que la Verónica no aparece por parte alguna del Evangelio; ni que lo más aproximado al caso es lo que cuenta el apócrifo, llamado «Actas de Pilato»:

«...Cuando el Procurador Romano estaba juzgando a Jesús, cierta mujer, llamada Berenice (Verónica) empezó a gritar desde lejos, diciendo:

—Encontrándome enferma con flujo de sangre, toqué la fimbria de su manto y cesó la hemorragia que había tenido durante doce años consecutivos».

Y dado que su testimonio —el testimonio de una mujer, según la ley judía, carecía de valor judicial— no fue tenido en cuenta, al corazón agradecido de Berenice (y aquí entra en juego la leyenda, ansiosa de suplir lo que en el Evangelio y en los Apócrifos faltaba), no le quedaba otra opción que seguir al Maestro en su camino hacia el Calvario e irrumpir en escena, cuando fue necesario, para enjugar la sangre redentora de Aquel que anteriormente le había reducido a control su sangre desbordada...

Queda indicado que, según la ley judía, el testimonio de la mujer no era tenido en cuenta para nada. Jesús hizo trizas esa ley, eligiendo como primeros testigos de la Resurrección a un grupo de mujeres. Y... ¿no iba a poder —se preguntarían las primitivas comunidades cristianas, celosas de suplir silencios evangélicos— constituir como testigo cualificado de la verdadera imagen de su rostro, dejándole grabado sobre un lienzo su «VERO ICONO», a quien desde entonces iba a ser conocida como la «VERONICA»?...

En el tiempo a que me refiero, como es natural, no sabía yo nada de Berenice, ni de apócrifos, ni de leyes judías, ni de razonamiento de congruencia; ni sabía distinguir un dato histórico de una tradición o una leyenda; ni había leído con mis propios ojos en una palpitante esquina de la «Vía Dolorosa» en Jerusalén el nombre de la VERONICA —ad perpetuam rei memoriam— junto al letrero cochambroso de una tienda de Souvenirs...

Repito que entonces no entendía de esas cosas —ni falta que le hacía— el niño que yo era. Por eso, sin duda alguna, aquella imagen de Jesús, que, calle de Prim abajo, tremolaba en el lienzo de la Verónica, era todo lo «auténtica» y suficiente que precisaban mis cortos años, como si talmente fuera la que de verdad supo arrancarle a Jesús a fuerza de fe, de gratitud y de ternura aquella singular mujer.